

Francia-EE.UU.: aliados irrenconciliables

ROMAN D. ORTIZ
Político

Una serie de contenciosos políticos y comerciales en Europa, Iberoamérica y África ponen de manifiesto la nueva rivalidad que enfrenta a París y Washington en el mundo de la Posguerra Fría

Las relaciones entre franceses y norteamericanos siempre han sido peculiares. Durante cuatro décadas de conflicto Este-Oeste, ambos países colaboraron en la Alianza Atlántica y, cuando hizo falta, fuera de ella. Sin embargo, los acuerdos sobre lo fundamental estuvieron salpicados por repetidas crisis bilaterales. Ahí están para atestiguarlo el episodio de Suez de 1956, cuando la Casa Blanca abortó la intervención franco-británica en Egipto, y el abandono gallo de la estructura de mandos de la OTAN una década más tarde. Esta permanente contradicción entre cooperación y competencia se plasmó en la particular posición de Francia, so-

cio no integrado de la OTAN, con un arsenal nuclear independiente e interlocutor privilegiado de Moscú. Pero la Posguerra Fría ha cambiado las reglas del juego. Washington quiere traducir su protagonismo como única superpotencia en cuotas de influencia política y comercial a todo lo largo del planeta mientras París se resiste a aceptar un liderazgo que le condena a un papel de segundo orden. La consecuencia inevitable ha sido una rivalidad que ha hundido bajo mínimos las relaciones franco-norteamericanas.

Durante los últimos meses, la dura batalla entre franceses y estadounidenses por cada resquicio de influencia política y comercial se ha proyec-



La renuncia de Francia a participar en el nuevo sistema de mandos de la OTAN creará dificultades a París a la hora de liderar la Identidad de la Defensa Europea con iniciativas como el Euroejército.



Pepe Diaz. RED

tado sobre cuatro continentes. En Europa, se ha reflejado en la reforma de la Alianza. Pero además, se ha extendido a las industrias aeronáuticas de ambos lados del Atlántico. De hecho, la creciente competencia entre Boeing y Airbus por el mercado de aviones de transporte civil y militar tiene claras conexiones políticas que alcanzan hasta los gobiernos de Francia y EE.UU. Por otra parte, París parece dispuesto a incrementar su peso en Iberoamérica, hasta ahora un área de indiscutida preponderancia norteamericana. Paralelamente, la posición de la Casa Blanca sobre la crisis del Zaire ha puesto en cuestión el tradicional predominio galo en África Central. Finalmente, la diplomacia francesa ha decidido estrechar sus relaciones con China en un movimiento que abre una brecha en la política estadounidense hacia el gigante asiático.

LA DISPUTA POR LA REFORMA DE LA OTAN

Uno de los primeros escenarios de la nueva rivalidad franco-norteamericana ha sido la OTAN. Paradójicamente, hasta mediados del año pasado, el proceso de reforma de la organización parecía una puerta abierta hacia un estrechamiento de las relaciones entre ambos países. Buena parte de la comunidad estratégica gala había llegado a la conclusión de que el escenario internacional de la Posguerra Fría y las propias limitaciones económicas de Francia obligaban a modificar algunas de las bases sobre las que se había asentado la defensa nacional durante los últimos treinta años. París había decidido reaproximarse a la Alianza. A cambio, esperaba un mayor protagonismo en la nueva OTAN a través de la consolidación de su pilar europeo.

Franceses y estadounidenses han mantenido fuertes discrepancias sobre el reparto de responsabilidades en la nueva estructura de la Alianza y el número de países del Este que debían ser invitados a sumarse a la Organización.

Washington era receptivo a estos planes. El acercamiento francés apuntalaba el eje transatlántico como clave de la seguridad del Viejo Continente. Un objetivo prioritario para la política de seguridad de la Casa Blanca.

Sin embargo, estas expectativas se han quebrado ante la incapacidad de franceses y norteamericanos para alcanzar un acuerdo sobre el nuevo sistema de mandos de la OTAN. El principal contencioso se ha centrado en la nacionalidad del futuro comandante en jefe del Flanco Sur. Mientras Washington ha luchado por conservar este cargo en manos de un militar estadounidense, París ha convertido el nombramiento

para este puesto de un oficial europeo que en este caso equivaldría a un francés- en una condición clave para su reintegración en la OTAN.

Desde luego, la batalla entre París y Washington por el cuartel general de Nápoles está alimentada por razones de peso. Para el gobierno galo, el Mando Sur de la OTAN era el único premio que podía convertir en una victoria política la decisión de volver a la estructura militar tras treinta años de ausencia. Por su parte, el Pentágono se sentía plenamente legitimado para mantener el mando del flanco meridional en la medida en que era uno de los máximos contribuyentes a la defensa de la región con el despliegue de la Sexta Flota.

a permanecer fuera de la nueva estructura de la OTAN cuyo diseño se ha debatido durante en la cumbre de Madrid. Pero esta opción plantea problemas importantes. Para empezar, París pierde influencia en una organización que se ha convertido en el pivote central de la seguridad del Viejo Continente. Además, con la Identidad de Defensa Europea vinculada definitivamente a la Alianza, cualquier intento francés de reforzar su protagonismo en materia de seguridad dentro de la Unión Europea o de la UEO chocará con serias dificultades. De alguna manera, la política de defensa de Francia se queda sin opciones. En consecuencia, el gobierno galo tendría que escoger entre permanecer relativamente

mercado de grandes aviones de pasajeros. Al otro lado del Atlántico, el consorcio europeo Airbus es "más pequeño" con casi 14 billones de ventas y un 32 por 100 de cuota de mercado.

Los intereses contrapuestos de París y Washington asoman tras la rivalidad entre ambas empresas. Airbus nació como una iniciativa, en buena medida inspirada por Francia, para competir frente al cuasi monopolio norteamericano en el sector. De hecho, la compañía pública gala Aerospatiale y la alemana DASA se reparten la mayoría de las acciones del consorcio con un 38 por 100 cada una seguidas de la británica BAE y la española CASA con porcentajes menores. Los resultados del grupo han crecido hasta convertirse en el número dos mundial de la aviación civil detrás del inalcanzable liderazgo de Boeing. El respaldo político francés a Airbus ha sido permanente. De hecho, el presidente Chirac, durante su reciente viaje por China, dedicó parte de sus contactos diplomáticos a cerrar la venta de 30 aparatos fabricados por el consorcio europeo por un valor de 214.000 millones de pesetas.

Durante los últimos meses, la competencia en el terreno de la industria aeronáutica ha levantado el espectro de una guerra comercial entre las dos orillas del Atlántico. El chispazo que ha encendido este conflicto han sido los planes de Boeing para fusionarse con McDonnell Douglas, el tercer fabricante mundial de aviones comerciales. El grupo resultante dominaría el 60 por 100 del sector. Una perspectiva que ha hecho saltar las alarmas de la Comisión Europea ante el riesgo de la aparición de un monopolio que deje fuera del mercado al consorcio Airbus. La UE ha anunciado que exigirá el cumplimiento de una serie de condiciones para aprobar la fusión. De lo contrario, podría imponer multas por un valor cercano a los 425.000 millones de pesetas. Boeing espera contar con el apoyo político de la Casa Blanca si es sancionada por Europa. Recientemente, con motivo del Salón Internacional de la Aeronáutica y del Espacio de París, la empresa norteamericana Northwest Airlines ha firmado un contrato para adquirir 50 aviones A-319 de 125 plazas así como una opción de otros 100 cuya entrega comenzaría en 1999. Northwest es la primera compañía norteamericana que opera ya



Los cambios en el escenario estratégico tras el fin de la Guerra Fría y las limitaciones presupuestarias han obligado a una reforma en profundidad de las fuerzas armadas francesas.

Junto a la disputa por el Mando Sur, un segundo contencioso ha agriado las relaciones franco-norteamericanas en el seno de la OTAN: el número de países del Este que deben ser invitados a sumarse a la organización. EE.UU. ha apostado claramente por limitar la ampliación a Hungría, la República Checa y Polonia con el objetivo de garantizar la cohesión de la Alianza. Por su parte, Francia, respaldada por otros países europeos, ha planteado la posibilidad de incorporar también a Eslovenia y, especialmente, a Rumanía. Finalmente, la posición de Washington ha salido, una vez más, triunfante.

La resistencia de los EE.UU. a realizar concesiones tanto en la cuestión del Mando Sur como en la ampliación hacia el Este podría empujar al gobierno galo

aislado fuera de la estructura militar de la OTAN por incorporarse a la misma, pero con un nivel de responsabilidad menor del que esperaba ocupar.

BOEING CONTRA AIRBUS

Mientras las diplomacias de Francia y EE.UU. chocan en la Alianza Atlántica, sus respectivas industrias han abierto otro capítulo en la competencia por el mercado de la aviación civil y militar. Como en otras ocasiones, la rivalidad entre París y Washington ha tomado la forma de una disputa entre europeos y norteamericanos. Dos grupos de dimensiones colosales protagonizan esta pugna. En los EE.UU., Boeing, con una facturación anual de más de 41 billones de pesetas controla el 54 por 100 del



El complejo industrial de Boeing en Seattle (EE.UU.) es un símbolo de la pujanza de la industria aeronáutica norteamericana que mantiene un liderazgo indiscutido en la fabricación de grandes aviones de pasajeros.

con 50 aviones A-320, que aumentará en otros 20 aviones entre 1998 y 1999.

En cualquier caso, otras poderosas razones alimentan la batalla entre las industrias aeronáuticas de los dos lados del Atlántico. Para empezar, Airbus mira con desconfianza los acuerdos que convierten a Boeing en el suministrador exclusivo de aviones a las tres principales líneas aéreas de EE.UU. durante los próximos veinte años. Paralelamente, el gigante norteamericano esta preocupado por los planes del consorcio europeo para desarrollar un equivalente a su super-jumbo y poner en cuestión su monopolio en la producción de grandes aparatos de pasajeros. Además, Airbus también planea introducirse en la producción de aviones de transporte militar con el proyecto del Futuro Gran Avión europeo (FLA). Un sector donde la Boeing y McDonnell tienen intereses muy importantes.

RIVALES COMERCIALES EN IBEROAMÉRICA

La competencia industrial y la rivalidad política también se combinan en otro de los escenarios donde los intereses de Washington y París han choca-



La presencia de Airbus en la Feria Aeronáutica de Le Bourget, donde exhibió un de sus productos punteros, el A-340, se saldó con la firma de un contrato entre el consorcio y la compañía aérea norteamericana Northwest Airlines.

do, Iberoamérica. A mediados de 1994, la compañía estadounidense Raytheon y la francesa Thompson, dos grandes grupos del sector de la defensa, presentaron ofertas para la construcción de un sistema de radar destinado a controlar el espacio aéreo del Norte y el Este del Brasil. El proyecto, denominado Sistema de Vigilancia Amazónico (SIVAM), estaba presupuestado en cerca de 200.000 millones de pesetas.

Durante el proceso de contratación, la dirección de Raytheon se quejó de la existencia de prácticas de corrupción que perjudicaban sus posibilidades de adjudicarse el contrato. Como respuesta, el go-

bierno estadounidense aportó grabaciones realizadas por sus servicios de inteligencia que ponían al descubierto los intentos de soborno realizados por los ejecutivos franceses. El escándalo que siguió a estas revelaciones dejó a Thompson fuera de la competencia y permitió a Raytheon conseguir el contrato. Sin embargo, la firma norteamericana podría haber incurrido en comportamientos similares a los que denunció. En octubre de 1995, se hizo pública una conversación mantenida por uno de sus consultores donde se mencionaba el pago a políticos brasileños para facilitar la aprobación en el Senado de los fondos destinados al SIVAM.



Los EE.UU. se han apoyado en su importante contribución a la defensa del Mediterráneo con el despliegue de la Sexta Flota para conservar el mando sur de la Alianza en manos de un militar norteamericano.

Posteriormente, la batalla por Iberoamérica ha adquirido tintes más políticos. A lo largo de este año, las diplomacias de Francia y EE.UU. han cortejado a los países de la región. A principios de mayo, Bill Clinton realizó su primera gira por sus vecinos del sur que incluyó México, Costa Rica y Barbados. Dos semanas más tarde, el responsable de comercio norteamericano se reunió con sus homólogos de todo el hemisferio en Belo Horizonte (Brasil) para impulsar la creación de una zona de libre comercio continental. El presidente estadounidense tiene previsto visitar Brasil y Argentina el próximo octubre como paso previo para la cumbre panamericana de jefes

de estado que se celebrará en Santiago de Chile en marzo de 1998.

Por su parte, Jacques Chirac realizó un viaje a mediados de marzo que le llevó a cinco capitales sudamericanas. La gira estuvo dedicado a promover el acercamiento político entre la Unión Europea e Iberoamérica. Durante su estancia en Brasilia, el presidente galo lanzó la propuesta de celebrar una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de los dos continentes durante el año 1998. Este mismo proyecto fue analizado por el jefe de gobierno español, José María Aznar durante su visita a Brasil y Argentina un mes más tarde aunque con la idea de retrasar el encuentro hasta 1999.

París y Washington tienen visiones contrapuestas sobre el futuro de Iberoamérica. El presidente Clinton le gustaría ver como el Área de Libre Comercio de América del Norte, que en la actualidad incluye a EE.UU., Cana-

dá y México, se extiende al resto del hemisferio hasta crear el bloque económico más importante del planeta. Por su parte, la ofensiva diplomática gala en la región pretende impulsar una opción comercial distinta. Jacques Chirac quiere estrechar los vínculos entre la Unión Europea y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) que en la actualidad incluye a Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay además de Chile y Bolivia como países asociados.

La visión de París sobre el futuro de las relaciones Europa-Iberoamérica es sustancialmente distinta de la sostenida por otros países que, como España, llevan tiempo impulsando el acercamiento entre los dos continentes. La rivalidad de Francia con los EE.UU. por Sudamérica va más allá de lo comercial para entrar en el terreno de lo político. De hecho, París plantea las relaciones de la UE con esta región como una alternativa frente a la hege-



Dassault, la empresa francesa fabricante de aviones de combate, ha apostado por el Mirage 2000 (arriba) y, más recientemente, por el Rafale (izquierda) como sus principales productos en la lucha para conservar sus posiciones en el mercado mundial de armamentos.

monía de Washington. Este mensaje subyacía tras las duras críticas vertidas por Chirac en Brasilia a la política exterior de la Casa Blanca que calificó de "agresiva" por su ambición de "querer mandar en el mundo".

EL DECLIVE FRANCÉS EN ÁFRICA

En cualquier caso, es en África donde la tensión franco-norteamericana se ha hecho más evidente. París y Washington han estado en lados distintos durante la reciente guerra civil en el antiguo Zaire. Mientras Francia mantuvo su respaldo al presidente Mobutu Sese Seko, EE.UU. se inclinó a favor de los rebeldes liderados por Laurent Kabila. El resultado del conflicto, con la caída del régimen de Mobutu, ha puesto en crisis la influencia gala en región.

Lo cierto es que este enfrentamiento entre EE.UU. y Francia ha supuesto

una ruptura radical con respecto a la Guerra Fría cuando ambos países actuaron de forma concertada en África y, en particular, en Zaire. De hecho, la pervivencia de Mobutu en el poder fue un interés compartido por las dos potencias. En especial, la Casa Blanca utilizó durante años al dictador zaireño para canalizar su apoyo a la guerrilla que luchaba contra el gobierno de Angola respaldado por los soviéticos.

Sin embargo, tras el final de la confrontación Este-Oeste, las políticas París y Washington en África Central se han distanciado hasta enfrentarse. Francia optó por mantener su alianza con los mismos dictadores, la mayor parte de ellos francófonos, que respaldó durante la Guerra Fría. Por su parte, EE.UU. forjó lazos con una serie de nuevos líderes, la mayor parte de ellos anglófonos, que querían impulsar un cambio político.

El inevitable choque se produjo en

la región de los Grandes Lagos. Para empezar, en la guerra civil de Ruanda, donde París apoyó al gobierno hutu mientras Washington miraba con simpatía a la guerrilla de la minoría tutsi. Este conflicto se saldó con la aplastante victoria de los rebeldes en 1995 y la consiguiente pérdida de influencia francesa. Posteriormente, el enfrentamiento se trasladó al Zaire donde la insurrección encabezada por Kabila contó con el respaldo político de Washington.

Con la entrada en Kinshasa de las tropas rebeldes a finales del pasado mayo, París perdió su principal baluarte en África Central. Jacques Baumel, presidente de la Comisión Política de la UEO y diputado conservador de la Asamblea Nacional definió perfectamente la percepción francesa sobre el desenlace de la crisis. "Se asiste - señaló - a una enorme desestabilización de África (...) lanzada por estados

anglófonos del Este africano con, al menos, la bendición y probablemente el apoyo oculto de EE.UU.”

El hundimiento del régimen de Mobutu podría marcar el principio del fin de la influencia gala en numerosos países del África Central y Occidental. Disidentes a todo lo largo del continente han visto el desenlace de la crisis zaireña como una demostración de que su lucha por el poder puede tener éxito. Paralelamente, los dirigentes africanos alineados con París han pasado a cuestionarse la fiabilidad de su aliado francés. En consecuencia, muchos gobiernos de la región pueden inclinarse por buscar apoyo en otro sitio, o sea, en Washington.

De momento, la pérdida de prestigio de la diplomacia francesa ya se ha dejado sentir en el Congo-Brazzaville, el vecino occidental del Zaire. Allí, la transición hacia la democracia teledirigida desde París ha saltado en pedazos y las distintas facciones que compiten por el poder se han lanzado a una guerra fratricida. Las imágenes de la apresurada retirada del personal civil y militar francés en medio de un conflicto completamente fuera de control pueden ser todo un símbolo del declive de la estrella de Francia en el continente africano.

La rivalidad franco-norteamericana también se extiende a Asia. Ambos países han optado por vías distintas en sus relaciones con China. Al menos oficialmente, EE.UU. ha vinculado los lazos comerciales con el gigante asiático a una mejora de su comportamiento en el respeto a los derechos humanos. Por su parte, Francia ha tomado una posición más condescendiente sobre esta cuestión a cambio de afianzar su posición ante las autoridades chinas. Este planteamiento ha sido el eje del citado viaje de Chirac a Pekín el pasado mayo. Las conversaciones mantenidas con este motivo no solo ha servido para cerrar importantes acuerdos comerciales sino que ha tenido una clara dimensión política que se ha materializado en el compromiso de celebrar una cumbre anual entre los jefes de Estado de los dos países. El propio presidente galo ha calificado la visita como “enormemente importante desde un punto de vista estratégico y político”.

Con todos estos frentes abiertos, una

pregunta permanece en el aire. ¿Es la actual crisis franco-norteamericana distinta de las otras etapas de rivalidad que han atravesado las relaciones entre los dos países? Desde luego, eso parece. Las condiciones que permitieron a Francia mantener un amplio grado de independencia exterior han pasado y las actuales discrepancias con los EE.UU. muy bien podrían ser el capítulo final de un proceso de ajuste que parece empujar a París a redefinir su política exterior.

La independencia de la política exterior francesa durante la Guerra Fría estuvo basada en la existencia de dos superpotencias enfrentadas. Un escenario que permitía a Francia, sin abandonar el campo occidental, tener una voz con ciertos matices diferentes ante Moscú y, por tanto, con una considerable autonomía frente a Washington. Sin embargo, el final de la confrontación Este-Oeste ha reducido la amplitud de los objetivos que comparten franceses y norteamericanos y ha dejado el campo libre a las numerosas discrepancias que les separan. Además, tras el hundimiento de la URSS, EE.UU. tiene menos necesidad de contar con el respaldo de Francia. En consecuencia, está dispuesto a hacer sentir que es la única superpotencia y actuar de forma más unilateral. Por contra, en un mundo libre de la amenaza soviética, París tiene mucho menos que ofrecer a Washington y, por tanto, poca influencia sobre la toma de decisiones de la Casa Blanca.

Como el único modo de mantener su independencia frente a los EE.UU., Francia pretende reforzar sus vínculos políticos y económicos con otros estados y regiones del mundo. Este es el objetivo de sus recientes ofensivas diplomáticas en Iberoamérica o China. Como señalo la portavoz de la presidencia francesa, Catherine Colonna, la visita de Chirac a Pekín se inscribe en “la construcción del mundo multipolar que Francia desea”. El problema es que los deseos de París no parecen suficientemente fuertes como para cambiar lo que, por el momento, es una de las realidades claves del mundo de la Posguerra Fría, el liderazgo norteamericano.

FRANCIA Y EUROPA

En estas circunstancias, Francia solo podrá conservar su protagonismo internacional si apuesta por integrar su política exterior dentro de la construcción europea. De hecho, esta línea ha sido la asumida por la diplomacia gala en escenarios tan distintos como la OTAN, la competición aeronáutica o Iberoamérica. En todos estos casos, Francia ha querido recabar el apoyo de sus socios comunitarios para conquistar espacios políticos y económicos frente a los EE.UU. Sin embargo, el corazón de Francia parece dividido sobre la posibilidad de proyectar su ambición de “grandeur” en la construcción de una Europa unida. En realidad, París parece mucho más dispuesto a afrancesar la política europea que a europeizar su propia acción exterior.

Pese a la facilidad de la diplomacia francesa para enarbolar la bandera europea, dos ejemplos recientes ponen de manifiesto sus dificultades para ceder en sus intereses para favorecer la integración europea. Así, por ejemplo, el pasado mes de abril, la diplomacia gala se distanció del resto sus socios comunitarios al votar en contra de una propuesta danesa para condenar a China por sus violaciones de los derechos humanos. Con ello, Chirac consiguió una acogida más calurosa durante su viaje a Pekín; pero rompió la cohesión de la UE. También en el sector aeronáutico Francia parece primar sus objetivos nacionales. De hecho, ha planteado objeciones a los planes para convertir Airbus en una firma con entidad jurídica propia. Este proyecto integraría parte de los activos de las cuatro compañías que forman el consorcio y facilitaría la competencia frente a Boeing. Sin embargo, la perspectiva de transferir el grueso de la estructura industrial de Aerospatiale a la nueva empresa aeronáutica europea no gusta demasiado a los sectores más nacionalistas de la política francesa.

Este es el difícil reto al que se enfrenta la diplomacia gala: renunciar a sus sentimientos nacionalistas para apostar por Europa. Si avanza en esta dirección, París podría concertar con sus socios de la UE una política exterior común y, en consecuencia, mantener buena parte de su influencia internacional. De lo contrario, las nuevas reglas de la Posguerra Fría pueden convertir a Francia en un actor de segunda fila ■